

ISABEL  
ALLENDE

EL JUEGO DE  
RIPPER



Tal como predijo la astróloga más reputada de San Francisco, una oleada de crímenes comienza a sacudir la ciudad. En la investigación sobre los asesinatos, el inspector Bob Martín recibirá la ayuda inesperada de un grupo de internautas especializados en juegos de rol, Ripper.

«“Mi madre todavía está viva, pero la matará el Viernes Santo a medianoche”, le advirtió Amanda Martín al inspector jefe y éste no lo puso en duda, porque la chica había dado pruebas de saber más que él y todos sus colegas del Departamento de Homicidios. La mujer estaba cautiva en algún punto de los dieciocho mil kilómetros cuadrados de la bahía de San Francisco, tenían pocas horas para encontrarla con vida y él no sabía por dónde empezar a buscarla».

*Para William C. Gordon,  
mi socio en el amor y el crimen.*

Los chicos llamaron al primer asesinato «el crimen del bate fuera de lugar», para no humillar a la víctima con una denominación más explícita. Eran cinco adolescentes y un caballero de cierta edad que se juntaban mediante sus computadoras para participar en *Ripper*, un juego de rol.

En la mañana del 13 de octubre de 2011, a las ocho y cuarto, los alumnos de cuarto de primaria de la escuela pública Golden Hills, de San Francisco, entraron al gimnasio trotando al ritmo de los pitidos del entrenador, que los animaba desde la puerta. El gimnasio, amplio, moderno y bien equipado, construido gracias a la generosidad de un ex alumno, que había amasado una fortuna durante la burbuja inmobiliaria antes de que estallara, también se usaba para las ceremonias de graduación y espectáculos de música y teatro. La fila de niños debía dar dos vueltas completas a la cancha de baloncesto como calentamiento, pero se detuvo en el centro ante el inesperado hallazgo de una persona que yacía doblada sobre un potro de gimnasia con los pantalones enrollados en los tobillos, el trasero al aire y la empuñadura de un bate de béisbol ensartada en el recto. Los niños rodearon el cuerpo, asombrados, hasta que uno de nueve años, más atrevido que los demás, se agachó para pasar el dedo índice por una mancha oscura en el piso y determinó que si no era chocolate, debía ser sangre seca, mientras otro niño recogía un cartucho de bala y se lo echaba al bolsillo para canjearlo en el recreo por un cómic pornográfico y una mocosa filmaba el cadáver con su móvil. El entrenador, que seguía tocando el silbato con cada exhalación, se aproximó a saltitos al grupo compacto de alumnos

y al ver aquel espectáculo, que no tenía la apariencia de ser una broma, sufrió una crisis de nervios. El alboroto de los alumnos atrajo a otros maestros, que los sacaron a gritos y empujones del gimnasio, se llevaron a la rastra al entrenador, le arrancaron el bate de béisbol al cadáver y lo tendieron en el piso, entonces comprobaron que tenía un hueco ensangrentado en la mitad de la frente. Lo taparon con un par de sudaderas y luego cerraron la puerta a la espera de la policía, que llegó en escasos diecinueve minutos; para entonces la escena del crimen estaba tan contaminada que era imposible determinar con precisión qué diablos había ocurrido.

Poco más tarde, en su primera conferencia de prensa, el inspector jefe Bob Martín explicó que la víctima había sido identificada. Se trataba de Ed Staton, de cuarenta y nueve años, guardia de seguridad de la escuela. «¿Qué hay del bate de béisbol?», preguntó a gritos un periodista inquisitivo y el inspector, molesto al saber que se había filtrado aquel detalle denigrante para Ed Staton y comprometedor para el establecimiento educacional, respondió que eso sería determinado por la autopsia. «¿Existe algún sospechoso? ¿El guardia era gay?». Bob Martín no hizo caso del bombardeo de preguntas y dio por concluida la conferencia, pero aseguró que el Departamento de Homicidios informaría a la prensa a medida que se fueran aclarando los hechos en la investigación, que había comenzado de inmediato y estaba a su cargo.

En la tarde del día anterior, un grupo de estudiantes del último curso había estado en el gimnasio ensayando una comedia musical de ultratumba para Halloween, algo sobre zombis y rock n'roll, pero no se enteraron de lo ocurrido hasta el día siguiente. A la hora en que según los cálculos de la policía se cometió el crimen, alrededor de la medianoche, no quedaba nadie dentro de la escuela, sólo había tres miembros de la banda de rock en el estacionamiento, cargando en una furgoneta sus instrumentos musicales.

Fueron los últimos que vieron a Ed Staton con vida; atestiguaron que el guardia los saludó con la mano y se alejó en un auto pequeño alrededor de las doce y media. Se encontraban a cierta distancia de Staton y el estacionamiento no estaba iluminado, pero estaban seguros de haber reconocido el uniforme bajo el resplandor de la luna, aunque no pudieron ponerse de acuerdo sobre el color o la marca del vehículo en que se fue. Tampoco pudieron decir si había otra persona en el interior, pero la policía dedujo que el automóvil no pertenecía a la víctima, porque su todoterreno gris perla estaba a pocos metros de la furgoneta de los músicos. Los expertos barajaron la teoría de que Staton se fue con alguien que lo esperaba y después volvió a la escuela a buscar su coche.

En un segundo encuentro con la prensa el jefe de Homicidios aclaró que el turno del guardia terminaba a las seis de la mañana y que se desconocía el motivo por el cual salió de la escuela esa noche y luego regresó al edificio, donde lo acechaba la muerte. Su hija Amanda, que vio la entrevista por televisión, lo llamó por teléfono para corregirlo: no fue la muerte sino el asesino quien acechaba a Ed Staton.

\*\*\*

Ese primer asesinato impulsó a los jugadores de *Ripper* hacia lo que habría de convertirse en una peligrosa obsesión. Los cinco adolescentes se plantearon las mismas preguntas que la policía: ¿dónde fue el guardia en el breve tiempo transcurrido entre que fue visto por los músicos y la hora en que se calculaba que murió? ¿Cómo regresó? ¿Por qué el guardia no se defendió antes de que le dieran el balazo en la frente? ¿Qué significaba el bate en aquel íntimo orificio?

Tal vez Ed Staton mereciera su fin, pero la moraleja no les interesaba a los chiquillos, que se ceñían estrictamente

a los hechos. Hasta entonces el juego de rol se había limitado a crímenes ficticios en el siglo XIX, en un Londres siempre envuelto en densa bruma, donde los personajes se enfrentaban bien a malhechores armados con hacha o picahielos, bien a otros clásicos perturbadores de la paz ciudadana, pero adquirió un tinte más realista cuando los participantes aceptaron la proposición de Amanda Martín de investigar lo que estaba ocurriendo en San Francisco, también envuelto en niebla. La célebre astróloga Celeste Roko había pronosticado un baño de sangre en la ciudad y Amanda Martín decidió utilizar esa oportunidad única para poner a prueba el arte de la adivinación. Con ese fin logró el concurso de los jugadores de *Ripper* y de su mejor amigo, Blake Jackson, quien casualmente era también su abuelo, sin sospechar que la diversión se tornaría violenta y su madre, Indiana Jackson, sería una de las víctimas.

Los de *Ripper* eran un selecto grupo de frikis repartidos por el mundo, que se comunicaban por internet para atrapar y destruir al misterioso Jack el Destripador, superando obstáculos y venciendo a los enemigos que surgían en el camino. Como maestra del juego, Amanda planeaba cada aventura en función de las habilidades y limitaciones de los personajes, creados por cada jugador como su álter ego.

Un chico en Nueva Zelanda, parapléjico a raíz de un accidente y condenado a una silla de ruedas, pero con la mente libre para vagar por mundos fantásticos y vivir tanto en el pasado como en el futuro, adoptó el papel de Esmeralda, una gitana astuta y curiosa. Un adolescente de New Jersey, solitario y tímido, que vivía con su madre y en los últimos dos años sólo había salido de su pieza para ir al excusado, era sir Edmond Paddington, coronel inglés retirado, machista y petulante, muy útil en el juego por ser experto en armas y estrategias militares. En Montreal estaba una joven de diecinueve años, cuya corta vida había transcurrido en clínicas para trastornos de la alimentación, que inventó el personaje de Abatha, una psíquica capaz de leer el pen-

samiento, inducir recuerdos, y comunicarse con fantasmas. Un huérfano afroamericano de trece años, con un coeficiente intelectual de 156, becado en una academia para niños superdotados de Reno, escogió ser Sherlock Holmes, porque deducir y sacar conclusiones se le daba sin esfuerzo.

Amanda carecía de personaje propio. A ella le tocaba dirigir y asegurar que se respetaran las normas, pero en el asunto del baño de sangre se permitió hacer leves cambios. Por ejemplo, trasladó la acción, que tradicionalmente se situaba en Londres en 1888, a San Francisco en 2012. Además, violando el reglamento, se asignó un esbirro llamado Kabel, un jorobado de pocas luces, pero obediente y leal, encargado de ejecutar sus órdenes por disparatadas que fuesen. A su abuelo no se le escapó que el nombre del esbirro era un anagrama de Blake. A los sesenta y cuatro años, Blake Jackson estaba muy mayor para juegos de chiquillos, pero participaba en *Ripper* para compartir con su nieta algo más que películas de terror, partidas de ajedrez y los problemas de lógica con que se desafiaban mutuamente y que él ganaba a veces, previa consulta con un par de amigos suyos, profesores de filosofía y matemáticas de la Universidad de California en Berkeley.

# ENERO

## Lunes, 2

Boca abajo sobre la mesa de masajes, Ryan Miller dormitaba bajo la influencia benéfica de las manos de Indiana Jackson, practicante del primer grado de Reiki, según la técnica desarrollada por el budista japonés Mikao Usui en 1922. Miller sabía, porque había leído sesenta y tantas páginas al respecto, que no existe evidencia científica de que el Reiki sirva para algo, pero sospechaba que algún misterioso poder había de tener, ya que en la conferencia de obispos católicos de Estados Unidos, en 2009, fue declarado peligroso para la salud espiritual cristiana.

Indiana Jackson ocupaba la oficina número 8 en el segundo piso de la famosa Clínica Holística de North Beach, en el ombligo del barrio italiano de San Francisco. Su puerta estaba pintada de índigo, color de la espiritualidad, y las paredes de verde pálido, color de la salud. Una placa con letra cursiva, anunciaba «*Indiana, sanadora*» y más abajo sus métodos: masaje intuitivo, Reiki, imanes, cristales, aromaterapia. En la pared de la diminuta antesala colgaba una tela chillona, adquirida en una tienda asiática, con una imagen de la diosa Shakti, una joven sensual de cabello negro, vestida de rojo, cubierta de joyas de oro, con una espada en la mano derecha y una flor en la izquierda. La diosa se multiplicaba con varios brazos y manos que sostenían otros símbolos de su poder, desde un instrumento musical hasta algo que a primera vista parecía un teléfono móvil. Indiana era tan devota de Shakti, que había estado a punto de adoptar su nombre, pero su padre, Blake Jackson, la con-

venció de que a ninguna norteamericana alta, opulenta y rubia, con pinta de muñeca hinchable, le calzaba el nombre de una deidad hindú.

Aunque era desconfiado por la naturaleza de su trabajo y por entrenamiento militar, Miller se entregaba a los cuidados de Indiana con profundo agradecimiento y al término de cada sesión salía liviano y contento, ya fuese por efecto placebo y entusiasmo amoroso, como creía su amigo Pedro Alarcón, o por alineamiento de sus chakras, como aseguraba Indiana. Esa hora apacible era lo mejor de su vida solitaria, encontraba más intimidad en una sesión curativa con Indiana que en sus complicados retozos sexuales con Jennifer Yang, la más pertinaz de sus amantes. Era un hombre alto y fornido, con cuello y espaldas de luchador, brazos gruesos y duros como troncos, pero manos elegantes de pastelero, cabello castaño salpicado de canas y cortado a cepillo, dientes demasiado blancos para ser naturales, ojos claros, nariz quebrada y trece cicatrices visibles, contando la del muñón. Indiana Jackson sospechaba que tenía varias más, pero no lo había visto sin calzoncillos. Todavía.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó la sanadora.

—Espléndido. El olor a postre me ha abierto el apetito.

—Es aceite esencial de naranja. Si vas a burlarte, no sé para qué vienes, Ryan.

—Para verte, mujer, para qué más.

—Entonces esto no es para ti —replicó ella, enojada.

—¿No ves que es broma, Indi?

—Naranja es un aroma juvenil y alegre, dos cualidades que te faltan, Ryan. El Reiki es tan poderoso que los practicantes del segundo nivel pueden hacerlo a distancia, sin ver al paciente, pero yo tendría que estudiar veinte años en Japón para llegar a eso.

—No lo intentes. Sin ti esto sería mal negocio.

—¡Sanar no es un negocio!

—De algo hay que vivir. Cobras menos que tus colegas de esta Clínica Holística. ¿Sabes cuánto vale una sesión de

acupuntura con Yumiko, por ejemplo?

—No lo sé y no me incumbe.

—Casi el doble de lo que cuesta una contigo. Déjame que te pague más —insistió Miller.

—Preferiría que no me pagaras nada, porque eres amigo mío, pero si no me pagaras, seguramente no volverías. Tú no puedes deberle un favor a nadie, el orgullo es tu pecado.

—¿Me echarías de menos?

—No, porque nos seguiríamos viendo fuera, como siempre, pero tú me echarías de menos a mí. Admite que mis tratamientos te ayudan. Acuérdate de lo dolorido que estabas cuando viniste por primera vez. La próxima semana vamos a hacer una sesión de imanes.

—Y también masaje, espero. Tienes manos de ángel.

—Bueno, también masaje. Y vístete de una vez, hombre, que hay otro paciente esperando.

—¿No te parece curioso que casi todos tus clientes sean hombres? —preguntó Miller bajándose de la mesa.

—No son todos hombres, también tengo mujeres, niños y un caniche con reumatismo.

\*\*\*

Miller creía que si el resto de la clientela masculina de Indiana era como él, seguramente pagaba por estar junto a ella, más que por fe en sus improbables métodos curativos. Ésa fue su única razón para acudir a la consulta número 8 la primera vez y así se lo confesó a Indiana durante la tercera sesión, para evitar malentendidos y porque la atracción del inicio había dado paso a una respetuosa simpatía. Ella se echó a reír, estaba más o menos acostumbrada a eso, y le afirmó que en dos o tres semanas, cuando viera los resultados, cambiaría de opinión. Ryan le apostó una cena en su restaurante favorito: «Si me curas, pago yo; si no, pagas

tú», le dijo, esperando verla en un ambiente más propicio a la conversación que en aquel par de cuartuchos vigilados por la omnisciente Shakti.

Se habían conocido en el año 2009, en uno de los sinuosos senderos del parque estatal Samuel P. Taylor, entre árboles milenarios de cien metros de altura. Indiana había atravesado la bahía de San Francisco en ferry, con su bicicleta a bordo, y una vez en el condado de Marin había pedaleado varios kilómetros hasta ese parque, como entrenamiento para una carrera de etapas a Los Ángeles, que pensaba hacer dentro de pocas semanas. En principio, Indiana calificaba el deporte como una actividad inútil y mantenerse en forma no era su prioridad, pero en esa ocasión se trataba de una campaña contra el sida en la que su hija Amanda había resuelto participar y ella no podía permitirle ir sola.

La mujer se había detenido por un momento a tomar agua de su botella, con un pie en el suelo, sin bajarse de la bicicleta, cuando Ryan Miller pasó corriendo por su lado con Atila atado a su correa. Ella no vio al perro hasta que lo tuvo prácticamente encima y del susto se cayó, enredada en la bicicleta. Pidiendo mil disculpas, Miller la ayudó a levantarse y trató de enderezar una rueda torcida, mientras ella se sacudía el polvo, más interesada en Atila que en sus propias magulladuras, porque jamás había visto un animal tan feo: cruzado de cicatrices, con peladuras en el pecho, un hocico en el que faltaban varios dientes y asomaban dos colmillos metálicos de Drácula, y una oreja mocha, como cortada de un tijeretazo. Le rascó la cabeza con lástima y trató de besarlo en la nariz, pero Miller la detuvo bruscamente.

—¡No! No le acerques la cara. Atila es un perro de guerra —le advirtió.

—¿Qué raza es?

—Un malinois belga con pedigrí. En buen estado es más fino y fuerte que un pastor alemán, con la ventaja añá-

dida de que tiene el lomo recto y no sufre de las caderas.

—¿Qué le pasó a este pobre animal?

—Sobrevivió a la explosión de una mina —le informó Miller, mientras mojaba su pañuelo en el agua fría del arroyo, donde la semana anterior había visto salmones saltando contra la corriente en su esforzado viaje a desovar.

Miller le pasó el trapo mojado a Indiana para que se limpiara las raspaduras de las piernas. Él llevaba pantalones largos de gimnasia, una sudadera y un chaleco de aspecto blindado, que, según explicó, pesaba veinte kilos y servía para entrenar; cuando se lo quitaba para competir le parecía ir flotando. Se sentaron a conversar entre las gruesas raíces de un árbol, vigilados por el perro, que seguía con atención cada gesto del hombre, como esperando una orden, y de vez en cuando acercaba la nariz a la mujer para olisquearla discretamente. La tarde estaba tibia, olorosa a pino y a humus, iluminada por rayos de sol que atravesaban como lanzas las copas de los árboles, se oían pájaros, murmullo de mosquitos, rumor del agua saltando entre las piedras del arroyo y brisa a través de los árboles. El escenario ideal para un primer encuentro en una novela romántica.

Miller había sido un *navy seal*, las fuerzas especiales que ejecutan las misiones más secretas y peligrosas. Había pertenecido al Seal Team 6, el mismo que en mayo de 2011 iba a asaltar la residencia de Osama bin Laden en Pakistán. Uno de sus antiguos compañeros mataría al líder de Al-Qaida, pero por supuesto Miller no sabía que eso iba a ocurrir al cabo de dos años y nadie podía haberlo predicho, excepto Celeste Roko estudiando los planetas. Se retiró en 2007, después de perder una pierna en combate, pero eso no le impedía competir en triatlón, como le dijo a Indiana. Ella, que hasta ese momento lo había mirado menos que al perro, se fijó en que una de sus piernas terminaba en una zapatilla y la otra en una paleta curva.

—Ésta es una Flex-Foot Cheetah, que se basa en el mecanismo de propulsión del guepardo, el felino más rápido

del mundo —le dijo él, mostrándole la prótesis.

—¿Cómo se sujeta?

Él se subió el pantalón y ella examinó el artilugio que se ceñía al muñón.

—Es de fibra de carbono, liviana y tan perfecta que a Oscar Pistorius, un sudafricano amputado de ambas piernas, pretendían impedirle participar en los juegos olímpicos, porque con ellas llevaba ventaja a los otros atletas. Este modelo sirve para correr. Tengo otras prótesis para caminar y para ir en bicicleta —dijo el ex soldado y agregó con cierta vanidad que eran lo último en tecnología.

—¿Te duele?

—A veces, pero otras cosas me duelen más.

—¿Como qué?

—Cosas del pasado. Pero basta de hablar de mí, cuéntame algo de ti.

—No tengo nada tan interesante como una pierna biónica y mi única cicatriz no se puede mostrar. De chica me caí sentada en un alambre de púas —le confesó Indiana.

\*\*\*

A Indiana y Ryan se les pasó el tiempo charlando de esto y aquello en el parque, bajo el escrutinio de Atila. Ella se presentó, medio en serio y medio en broma, explicando que el ocho era su número de suerte, Piscis su signo zodiacal, Neptuno su planeta regente, el agua su elemento y la traslúcida piedra luna, que señala el camino de la intuición, así como el aguamarina, que guía las visiones, abre la mente y sostiene la bondad, eran sus gemas de nacimiento. No pretendía seducir a Miller, porque llevaba cuatro años enamorada de un tal Alan Keller y había optado por la fidelidad, pero si hubiera querido, se las habría arreglado para introducir en la conversación el tema de Shakti, diosa de la belleza, el sexo y la fertilidad. La mención de estos atributos